



# Doña María de Padilla

MA HISTÓRICO EN TRES ACTOS

ORIGINAL DE

**Francisco Villaespesa**

## PERSONAJES

DOÑA MARÍA DE PADILLA.  
LA REINA MADRE DOÑA MARÍA DE PORTUGAL.  
DOÑA BLANCA DE BORBÓN.  
MENCIA.  
BELTRÁN.  
DOÑA SOL.

DOÑA JUANA GARCÍA DE SOTOMAYOR.  
DOÑA ISABEL.  
EL REY DON PEDRO.  
DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE.  
DON FADRIQUE.  
PERO LÓPEZ DE AYALA.

FERNÁN RUIZ DE CASTRO.  
DON JUAN DE LA CERDA.  
SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO.  
ÁLVARO DE ZÚÑIGA.  
DIEGO DE PADILLA.  
UN PAJE.  
LA VOZ DE UN JUGLAR.

Damas, pajes, fijosdalgoes, ballesteros y soldados.

## ACTO PRIMERO

Un patio del nuevo alcázar real de Sevilla. Al fondo, una galería de columnas que da a un jardín, separada de éste por una verja de hierro. A la izquierda, en primer término, una puerta árabe, cubierta por un rico tapiz oriental, y un ajimez. A la derecha, dos puertas, cubiertas también por ricos tapices.

### ESCENA PRIMERA

FERNÁN RUIZ DE CASTRO, DON JUAN DE LA CERDA y SANCHO FERNÁNDEZ DE TORO.

SANCHO—¡Más nos valiera vivir como esclavos prisioneros en la corte de un emir, que ser aquí caballeros! Pues, ¡oh, suerte desdichada!, menos a un noble le humilla vivir cautivo en Granada que andar libre por Castilla!

CERDA—El moro blande el lanzón y nos tala la frontera; Portugal su presa espera y nos acecha Aragón. Navarra pasa la raya, y las galeras inglesas, en Galicia y en Vizcaya quemar naves y hacen presas.

CASTRO—Las contiendas interiores causan más hondos quebrantos, porque hay en Castilla tantos monarcas como señores...

SANCHO—¡Si don Alfonso pudiera dejar la tumba...!

CASIRO

No poca culpa a don Alfonso toca —y acaso la tenga entera— de los males actuales, pues dejó, como sabéis, un hijo: don Pedro, y seis nobles bastardos reales. Su reino entre ellos partió, ¡vive Dios, con poca ley!, que a los bastardos dejó casi tanto como al rey. Y más tierra castellana tienen en feudos, hoy día, los hijos de la Guzmána que el de la reina María.

SANCHO—Además, por otra parte, propagan la rebelión levantando su estandarte los infantes de Aragón, primos del rey, y el valido Alburquerque, el portugués... En fin... Tres bandos... Los tres el reino se han repartido. Y ver Castilla consterna, ¡que es el cetro castellano muy duro para la mano juvenil que nos gobierna...!

CASTRO—¡Mas no se rinde, en verdad, de don Pedro la altivez: lo que le falta de edad le sobra de intrepidez! Callad, callad, castellanos... ¿Qué pedís y qué queréis? ¿De qué os quejáis, si tenéis el remedio en vuestras manos? ¡Rebelaos contra el medro de bastardas ambiciones; congregad vuestros pendones en torno del rey don Pedro! ¡Prestad fuerza a su mesnada, y haced del guión real el estandarte ideal de alguna nueva cruzada! Y entonces, si rugen airado el cachorro del león, el inglés huirá asustado; y Navarra y Aragón, y Granada y Portugal, y otras tierras más lejanas, caerán al golpe mortal de las lanzas castellanas:

#### ESCENA II

Dichos y ALVARO DE ZUÑIGA, que entra por la verja del foro.

(Aproximándose al grupo y en voz baja.)

ALVARO—¡Grandes noticias he oído y os las vengo a relatar! De acuerdo con el valido, la reina quiere casar al rey con una princesa que es ornamento y florón de la corona francesa: doña Blanca de Borbón. Esto se dice en Sevilla...

Pero el rey no lo consiente, porque cada día siente más amor por la Padilla.

CASTRO—Ese amor la causa es por la cual el casamiento aconseja el portugués. Ve morir su valimiento y de todos desconfía...

CERDA—Mas él ¿no fué quien unió al rey con doña María?

CASTRO—El de tercero sirvió. Mas la que pensó que fuere su mejor apoyo, ha sido su ruina, y por eso quiere vengarse de ella el valido.

ALVARO—A la Guzmán ha apresado la reina, y en Talavera vengar con su sangre espera las ofensas del pasado. Y por tan justo motivo, dicen que inquietos están los hijos de la Guzmán. Don Enrique muestra altivo

sus recelos, preparando por sus manos la justicia, a sus parciales armando en sus tierras de Galicia. Y su maestrazgo dejó don Fadrique. Aquí ha venido, y al rey de todo enteró para que esté prevenido.

SANCHO—¡Don Pedro le quiere bien, y evitará, como pueda, que a su madre le suceda el mal que todos preven!...

CASTRO—¡Y además, doña María de Padilla no dejara que la reina consumara venganza que es felonía!...

(Aparecen por la galería del fondo don Fadrique y Pero López de Ayala, conversando en voz baja.)

#### ESCENA III

Dichos, DON FADRIQUE y PERO LOPEZ DE AYALA.

SANCHO—Mas ¡silencio! Don Fadrique aquí dirige sus pasos con Pero López de Ayala, el poeta, conversando.

(Todos se vuelven.)

CASTRO—Con razón reza el proverbio: tras de la cruz, el diablo.

¡Lo que tiene de poeta le falta a Ayala de honrado, que si mide bien los versos, mide, en cambio, mal sus actos!

(Todos se inclinan ante don Fadrique.)

¡El Señor guarde los días del maestro de Santiago, para orgullo de su casa y gloria de estos estados!

(Saludando.)

FADRIQUE—¡El cielo os guarde, señores!

SANCHO—Dejad, dejad que este anciano, que al lado de nuestro padre cayó herido en el Salado, os bese con toda el alma, señor maestro, la mano, ya que de ella, por mortales, indignos son estos labios!...

(Le besa la mano.)

ALVARO—Mas, señor, ¿cómo en Sevilla?

FADRIQUE—De Extremadura he llegado ha dos horas, para ver al rey don Pedro, mi hermano.

#### ESCENA IV

Dichos y BELTRAN, que entra por la puerta izquierda.

BELTRAN—El rey, señores, os llama, que quiere a todos mostrarnos los gerifaltes, las joyas, las armas y los caballos que el rey moro de Granada le envió como regalo.

(Los nobles saludan a don Fadrique y a ayan

por la puerta de la izquierda, cuyo tapiz sostiene Beltrán.)

(A Beltrán.)

FADRIQUE—Beltrán, dí a doña María de Padilla que aquí aguardo su venia para ofrecerle mis respetos.

(Saliendo por la primera puerta de la derecha.)

BELTRAN (¡Así al paso podrá decir a Mencía el fervor con que la amo!)

#### ESCENA V

DON FADRIQUE y PERO LOPEZ DE AYALA.

(Aproximándose, después de haberse convecido de que están solos.)

LOPEZ—Decidme, pues, don Fadrique, decidme ya, ¡vive Dios!

¿qué contesto a don Enrique?

¿Se puede contar con vos?

Si en su bando os aseguro, a daros se compromete medio reino...

FADRIQUE ¡Calla o veté!

(Insinuante.)

LOPEZ—Nuestra victoria es segura, y aún haceros saber quiero que para esta rebelión Francia nos dará dinero, y armas nos presta Aragón.

(Con misterio.)

Y hasta en la misma Sevilla hay alguien que, sin cesar, va afilando su cuchilla para con ella vengar de don Pedro los rigores...

(Indignado.)

FADRIQUE—¡Coro a la traición hacer, eso es, Pero López, ser más traidor que los traidores!

(Sin hacer caso.)

LOPEZ—¡Aceptad! ¡No andéis remiso!

¡Medio reino...! ¡Es buen presente!

FADRIQUE—¡Calla, no vengas, serpiente, a echarme del paraíso!

¡Lo que tu labio ofreció

es rico, rico manjar,

capaz, capaz de tentar...

a otro que no fuera yo!

¡Mas pierdes el tiempo en vano!

No iré con vosotros, pues

si don Enrique es mi hermano

también don Pedro lo es...!

¡Y puestos en igualdad

de afectos, mi corazón

se queda con la lealtad

y rechaza la traición!

(Con voz baja y dejando caer con lentitud las palabras.)

LOPEZ—Vuestra madre; en Talavera, donde encerrarla le plugo

a la reina, acaso espera la visita del verdugo.

(Poniéndole la mano en la boca, violentamente.)

FADRIQUE—¡Sella tus labios crueles! ¡Por librarla aquí llegué tan raudo, que reventé mis tres mejores corceles!

(Lleno de esperanza.)

Mas ¡nunca! El rey no podrá consentir tal felonía...

Yo hablaré a doña María de Padilla, y ella hará,

pues es buena y es clemente —mi corazón no se engaña,—

que se borre de mi frente la nube que ahora la empaña.

¡Parte y dile a don Enrique que confie en mi valor...!

¡Mientras viva don Fadrique vivirá doña Leonor!

LOPEZ—Me iré, señor, de Sevilla sin vos, más os pesará...

FADRIQUE—¡Vete, que se acerca ya doña María Padilla!

(Pero López se va por la galería del foro. Por la primera puerta de la derecha entra doña María de Padilla, seguida de damas y pajes. Beltrán sostiene el tapiz para que pasen.)

#### ESCENA VI

DOÑA MARIA DE PADILLA, DON FADRIQUE, BELTRAN, MENCIA, damas y pajes. Todos estos últimos se retiran a la galería del fondo. Don Fadrique se inclina cortésmente.

MARIA—¡Perdonad, señor maestre, que os hiciera aguardar tanto!

Estaba viendo una veste de brocatel amaranto,

de oro y perlas recamada,

con un broche de rubí,

que ha enviado para mí el rey moro de Granada.

Mas, ¿cómo en Andalucía, don Fadrique?

FADRIQUE— Sabe Dios que sólo vine por vos,

¡Mas antes, doña María,

de que os diga la razón de mi viaje, dejad

que os bese manos que son las manos de la piedad!

(Se inclina y le besa las manos gentilmente.)

MARIA—¡Bizarro sois y cortés! Que no en vano los juglares

celebran con sus cantares vuestra cortesía, y es

ya proverbial en Sevilla la finura y el halago del maestre de Santiago, don Fadrique de Castilla...



de mi venganza el acicate fiero...  
Por fin, por fin doña Leonor es mía!  
(Se va rápidamente por la segunda puerta de  
derecha, agitando el pliego. Albuquerque la  
contempla inmóvil.)

### ESCENA IX

ALBURQUERQUE

El crimen hecho está. ¡Calla, conciencia!  
(Ensimismado.)  
Si no tuviste, no, valor bastante  
para oponerte al mal, ¿por qué ahora  
vienes  
con tus sordas palabras a hostigarme?  
¿La suerte echada está... Pues bien... Lu-  
chemos,  
si caigo vencido en el combate,  
como un emperador moriré envuelto  
en un manto de púrpura y de sangre.  
Ay de don Pedro, y ay de la Padilla  
¡a mi destino opónense!... ¡Ya es tarde  
para retroceder! ¡Valor, conciencia!  
¡Cállate de una vez! ¡Cállate, cállate!...

### ESCENA X

Dicho, DON JUAN DE LA CERDA, FERNAN  
RUIZ DE CASTRO y RICOS HOMBRES,  
que salen por la puerta de la izquierda.

CERDA

(Dando muestras de indignación y dirigiéndose  
a Albuquerque.)

¿Cómo se puede tolerar...  
esto a los nobles humilla...  
Pues no acaban de nombrar  
a don Diego de Padilla  
gobernador mayor, y a don  
Juan García Villajera,  
u otro hermano, campeón  
de Navarra en la frontera!

ALBURQUERQUE

(Encarándose con los que entran.)

¿Qué orgullo podéis tener  
cuando os resignáis a ser  
esclavos de la Padilla?  
¿Para qué esas enojadas  
plumas y esos tahalies,  
tantas divisas bordadas  
en las bandas carmeses,  
y tantos áureos aceros,  
cuando os imponen sus leyes.  
Como a miseros pecheros,  
¿as mancebas de los reyes?  
¿Por qué era la Guzmán,  
¿por qué tenéis a la Padilla...  
¿A quién serviréis mañana,  
¿ricos homes de Castilla?  
¿¿¿quello nobles varones,  
¿orgullo y prez de esta tierra,  
¿si no fueron como leones  
invencibles en la guerra;  
¿¿¿os que se hicieron temer  
de los monarcas más fieros,

hoy lamen, como corderos,  
las plantas de una mujer.  
Degeneró la semilla...

¡No parece sino que  
el honor por siempre fué  
desterrado de Castilla!

### ESCENA XI

Dichos, DON PEDRO, DIEGO DE PADILLA,  
BELTRAN y ballesteros.

PEDRO

(Descorriendo violentamente el tapiz de la iz-  
quierda.)

Don Juan Alfonso, más tiempo  
poned en el platicar,  
porque pudiera faltar  
a vuestros labios aliento.

¡Si seguís hablando en mengua  
del orgullo castellano...  
no ha de faltar una mano  
que os sepa arrancar la lengua!

(Los nobles retroceden sorprendidos.)

ALBURQUERQUE

¡Don Pedro!

PEDRO

No os disculpéis,

que vuestras disculpas son  
máscaras de la traición...

¡Traidores! Porque tenéis  
feudos, armas y caballos  
¿pensáis imponerme leyes?...

¡Las leyes las dan los reyes,  
y las cumplen los vasallos!

(A Albuquerque.)

¡Vos, portugués, que vinisteis  
a estos reinos desterrado,  
si bien ayer me servisteis,  
yo mejor os he pagado!

Os nombré mi consejero,  
y fuisteis, pese a la ley,  
después del rey, el primero,  
y a veces, antes que el rey.  
Dadme aquel sello que os di;  
y dad gracias a la suerte,  
que tras de oír lo que oí  
no selle con él aquí  
vuestra sentencia de muerte.

ALBURQUERQUE

(Entregándole el sello.)

Algo os dijera en mi abono.  
¡Mas recordad solamente  
que ha encanecido mi frente  
defendiendo vuestro trono!

PEDRO

¡Que esto os valga a Dios le plugo,  
porque si eso no os valiera,  
rodar vuestra testa hiciera  
la justicia del verdugo!

(A don Juan de la Cerda.)

¡Maestre de Calatrava,  
entregad vuestra cuchilla

vuestra venera y la clava  
a don Diego de Padilla!

CERDA

(Entregándola.)

¡Señor, mi clava aquí está;  
y mi honor no se querrela  
de verse privado de ella...  
sino de ver dónde va!

PEDRO

Y porque no vuelva a oír  
críticas en mis estados,  
vais, sin armas, a salir  
de Castilla desterrados.

DIEGO

(Acercándose a don Juan Alfonso de Albur-  
querque.)

Dadme la espada, os lo ruego...

ALBURQUERQUE

Diego de Padilla... ¡atrás!  
Sólo a mi rey se la entrego;  
mas a tus manos... ¡jamás!  
Tocándola la desdoras...

Está su acero mellado  
de segar gargantas moras  
a la orilla del Salado...

¡Y en Algeciras, mi mano  
desnudóla, la primera,  
al frente de la bandera  
de mi joven soberano!

(La desenvaina y se la presenta a don Pedro.)

Tomadla, don Pedro, pues  
espada como la mía  
jamás, señor, rendiría  
si no fuese a vuestros pies.

(Viendo que el rey no la toma, intenta rom-  
perla.)

Por más que romperla quiero,  
no se rompe... ¡Contemplad!...  
¡Pues lo mismo que su acero  
es, don Pedro, mi lealtad!

PEDRO

Mi justicia no os perdona,  
porque con vuestras razones  
mentís de vuestras acciones...  
La lealtad que se pregona  
más que lealtad es agravio,  
y más que agravio es traición...  
¡Lealtad que vive en el labio  
ha muerto en el corazón!

CASTRO

Don Pedro, pagar así  
no es justo tan noble celo...

PEDRO

¿Quién sois, Fernán, vive el cielo,  
para interrumpirme a mí?

CASTRO

Señor, vuestras iras templo...

PEDRO

¡Pues he de hacer, vive Dios,  
un escarmiento con vos  
para que sirva de ejemplo!

Prended, don Diego, a los tres,  
y en cadena, cual trahilla,  
a Triana llevados, pues  
quiero que mire Sevilla  
y sepa Castilla entera  
con este caso ejemplar,  
la cólera justiciera  
de un rey que quiere reinar!

(Don Diego de Padilla y algunos ballesteros  
prenden a los tres en el momento que aparece  
doña María de Padilla, seguida de Mencía, da-  
mas y pajes.)

### ESCENA XII

Dichos, DOÑA MARIA DE PADILLA, MEN-  
CIA, damas y pajes.

MARIA

¿Preso don Alfonso y preso  
don Juan?

(Al rey.)

Decidme, señor,  
os lo suplico: ¿qué es éso?  
¿Qué causa vuestro rigor?  
Mas no, no quiero saber,  
señor, las justas razones  
que os obligan a prender  
a tan nobles infanzones.  
Sólo os pido su perdón,  
que si es noble castigar,  
para un regio corazón  
es más noble perdonar.

(Se arrodilla ante el rey. Momentos de expec-  
tación.)

¡Su perdón mi labio implora,  
y postrada me veréis,  
hasta que no les dejéis  
libres!...

PEDRO

(Duda un momento; luego le tiende la mano  
y la levanta.)

¡Levantad, señora,  
que nada os puedo negar!  
¡Libres sois, para poder

(A los presos.)

enseñaros a admirar  
la virtud de esta mujer!

(Algunos pajes y don Diego de Padilla des-  
encadenan a don Juan Alfonso de Albuquerque  
y a don Juan de la Cerda, olvidando a Fernán  
Ruiz de Castro.)

MARIA

(Reparando el olvido y acercándose a Fernán.)

¡Dejad que os quite mi mano  
cadena que os oprimió,  
pues si os la puso mi hermano  
justo es que os la quite yo!

CASTRO

¡La vida preso pasara  
porque una mano tan buena  
por mi no se molestara  
al quitarme la cadena!

PEDRO

(Acercándose y quitándole la cadena.)

¡Sois galán; mi propia mano

la fineza va a pagar;  
que si os la puso su hermano  
el rey os la va a quitar!

CASTRO

Mi labio se torna mudo  
porque el goce me enajena...  
¡Desde ahora, esta cadena  
será el florón de mi escudo!

CERDA

¡Mil gracias, doña María!

PEDRO

Preparad todos, señores:

(A los nobles.)

corceles, armas y azores,  
pues vamos de ceterería.

(Todos se inclinan y van saliendo por el foro.)

CASTRO

(A doña María, al salir.)

¡Mi vida está a vuestros pies!...  
Y ahora que sepa Sevilla  
todo lo noble que es  
doña María Padilla.

### ESCENA XIII

DON PEDRO y DOÑA MARIA

MARIA

¡Gracias, señor!

(Tendiéndole los brazos.)

PEDRO

¡Doña María!

Por fin que puedo reposar  
entre tus brazos como un niño  
en el regazo maternal.

(Se sientan en un diván morisco cerca de la ventana.)

Como el que torna de un combate,  
ensangrentado, y en su hogar  
se arranca el férreo coselete,  
el casco, el peto, el espaldar,  
a tu presencia me despojo  
de todo anhelo terrenal,  
para poder, libre de trabas,  
el aire puro respirar.

¿Que la traición, como una sombra,  
sigue mis pasos sin cesar?

¿Que el odio azuza sus mastines  
mientras afila su puñal?

¿Que el crimen puede nuestra copa  
con su veneno empozoñar?

¿Que la venganza nos acecha  
en la nocturna obscuridad,

acurrucada en los tapices  
de nuestra cámara real?

¡Nada me importa, mientras pueda  
en tus pupilas contemplar  
todos los sueños de la vida,  
como un desfile triunfal,  
de áureas galeras victoriosas  
sobre la gloria azul del mar!  
¡Amor! ¡Amor! Toca mis venas...

¡Quieren romperse y estallar  
para envolverte con su sangre  
en una clámide imperial!

MARIA

¡Bebo mi amor en tus palabras  
una embriaguez de eternidad!  
¡Mis pies no todan en la tierra;  
mi alma y mi cuerpo se me van,  
cual si en sus ráfagas bravías  
me arrebatare el huracán!

¿Cómo pagar tanta ternura?

¿Cómo, mi amor, tu amor pagar?

Quisiera ser entre tus labios  
como las mieles de un panal;  
sobre la copa de tus manos,  
agua mas clara que el cristal;  
bajo tus pies, yerba olorosa,  
para poderte perfumar...

¡Sea tuya, tuya, siempre tuya!

Vivir tan juntos, como están,  
los labios de una misma boca,  
las perlas de un mismo collar...

Y ser tu sombra... Por la vida

tras de su cuerpo caminar;

y cuando duermas bajo tierra

en el sepulcro, vigilar

tu sueño último, de hinojos

sobre tu piedra tumular,

el índice puesto en el labio,

bañada en lágrimas la faz,

¡Como si fuese la callada

imagen de la Eternidad!

(La voz del juglar cantando en el jardín.)

JUGLAR

Rosal que otoño deshoja  
vuelve en mayo a florecer...

¡Rosal de la juventud

sólo florece una vez!

Al deshojarse las rosas

los ruiseñores se van;

mas vuelven con los rosales

en primavera a cantar...

¡Goza el amor, que el amor,

si se va, no vuelve más!

PEDRO

(Levantándose.)

¿Qué voz, señora, está cantando  
en el jardín?

MARIA

Es el juglar  
que llegó ayer de la Provenza.

(Como recordando de pronto.)

(¡Ah, don Fadrique!)

PEDRO

(Atrayéndola.)

¡Qué cantar  
más dulce!... Sigue, sigue hablándome,  
porque tu voz me agrada más.

MARIA

(Acercándosele de nuevo y tomándole la mano.)  
Señor, señor, como recuerdo

de este momento, ¿me darás  
lo que te pida?

PEDRO

¡Todo es tuyo!

¿Qué cosa tuya no será?

¿Quieres acaso los tesoros  
que guardo en mi arcón real?

¿Aquel anillo de esmeraldas  
con el que puedes encantar  
a las serpientes?... En corderos  
a los leones trocarás.

¿Quieres el broche de topacios  
que me trajeron de Bagdad,  
que le da al pecho en que fulgura  
la paz y la felicidad?

¿Quieres las perlas orientales  
de aquel riquísimo collar,  
que al desposarse dió a mi madre  
mi abuelo, el rey de Portugal,  
perlas que son, doña María,  
ejemplos de fidelidad,  
porque si enferma quien las lleva  
ellas enferman a la par?

MARIA

Señor, no quiero los tesoros  
que guardas en tu arcón real...  
Sólo te pido que libertes  
de su prisión a la Guzmán.

PEDRO

(Con indiferencia.)

Es un regalo que a mi madre  
hice, lo mismo que se da  
a un niño un pájaro, un juguete,  
para que pueda malgastar  
con él las horas y no venga  
nuestra atención a importunar.

MARIA

(Con intención.)

Mas ved que el niño puede al pájaro  
entre su mano estrangular...

En la prisión se muere pronto...

El hacha puede hacer saltar

sangre, que vaya el regio armiño  
de vuestra túnica a manchar...

PEDRO

¿Mas es posible que se atrevan  
en contra de mi voluntad?  
Mi madre... ¿acaso?

(La Padilla hace un gesto afirmativo.)

¡Nadie, nadie,

a la Guzmán a de tocar!

¡Tengo el furor de los leones,  
más no el instinto del chacal!

MARIA

(Postrándose.)

Pues bien, señor, firma al instante  
la orden de su libertad...  
De los perdones es la hora...  
Da tu perdón a la Guzmán...  
¡Es el regalo que te pido!

PEDRO

¡Oh, mi ángel bueno! ¡Alza!... ¡Beltrán!  
(Llamando.)

El traerá el pliego...

(Levanta a doña María. Beltrán aparece por la izquierda.)

MARIA

(Abrazándole.)

¡Gracias, gracias!

PEDRO

¿Qué fuera yo sin tu bondad?

(Se va, seguido de Beltrán, por la izquierda.)

### ESCENA XIV

DOÑA MARIA y MENCIA

MARIA

(Llamando a la primera puerta de la derecha.)  
¡Mencia!

MENCIA

¡Señora!

MARIA

¿Dónde

está don Fadrique?

MENCIA

Allá,

en el jardín, escuchando  
con las damas al juglar...  
¡Y un alma en pena parece  
según lo triste que está!

MARIA

Yo misma voy a llevarle  
noticia que ha de alegrar  
su corazón dolorido...

(La reina, que va a salir por el segundo término de la derecha, se detiene al ver a doña María y escucha.)

MENCIA

¿Qué es ello?

MARIA

Firmando está

el rey, de doña Leonor,  
su madre, la libertad...

(Se van por el foro.)

### ESCENA XV

LA REINA

REINA

(Con gozo, viéndolas salir.)

¡Inútil será ya!... ¡Doña María,  
tarde acudiste para libertarla!  
La vida tiene pies: camina torpe;  
pero la muerte vuela: ¡tiene alas!  
Partió ya mi escudero a Talavera...  
Rodará su cabeza... ¡Y cuando vayan  
a darle libertad, será un cadáver  
lo único libre que a la tumba salga!

### ESCENA XVI

LA REINA y BELTRAN, que aparece en el primer término de la izquierda con un pliego en la mano.

BELTRAN

Doña María... Este pliego  
el rey para vos me manda.

REINA  
Dámelo...  
BELTRAN (Sorprendido.)  
No sé, señora,  
si es para vos... Yo pensaba...

REINA (Interrumpiéndole.)  
¿Que era para la Padilla?  
Pues es para mí... Te engañas.  
BELTRAN (Inclinándose.)

Vuestra alteza me perdone;  
mas como las dos se llaman  
lo mismo, y el rey tan sólo  
me dijo que lo entregara  
a doña María...

REINA (Imperativa.)  
¡Venga!  
BELTRAN (Dándoselo.)

Perdonad esta ignorancia...  
Y si vos me dais licencia,  
me voy con el rey de caza.  
(Sale por la derecha.)

## ESCENA XVII

LA REINA Y DOÑA MARIA

(Mientras la reina lee ávidamente el pliego,  
aparece por el foro la Padilla. Sorprendida, la  
reina, oculta el pliego.)

MARIA  
Su alteza me perdona... Mas venía...

REINA (Triunfalmente.)  
Tarde llegaste... Lo que aquí buscabas  
está ya en mi poder. ¡Mira este pliego!...  
(Se lo muestra.)

MARIA  
¡Señora, por piedad!  
REINA  
¡Ah!... ¿Tú pensabas  
—¡miserable de ti!— poner un freno  
con tu imbécil piedad a mi venganza?

MARIA (Suplicante.)  
Señora, dadme el pliego... ¡Pronto!...  
¡Es mío!

REINA  
¿Cuando hace poco con el rey hablabas,  
a galope un corcel pasar no oíste  
al pie de esa ventana?  
Un pliego a Talavera conducía...

MARIA  
(Como si le agitate de pronto una idea terrible.)  
¡No lo quiero pensar! ¡Señora, basta!...

REINA  
¡Pero en vez de la vida, en ese pliego,  
galopando veloz, la muerte marcha!...  
(Se oyen trompas lejanas de caza.)

MARIA  
¡No puede ser! ¡No puede ser! ¡No cabe  
en corazón humano tanta infamia!...  
¡Dadme ese pliego! ¡Pronto, os lo supli-  
[co,  
a vuestros pies, señora, arrodillada!...

REINA  
¡No será! ¡No será!  
MARTA  
¡Pediré amparo!  
REINA  
¡Cállate! ¡Cállate! ¿Para qué llamas  
si nadie ha de acudir? ¿No oyes las trom-  
[pas?  
¡Nuestro rey y señor se va de caza!  
¡No la podrás salvar!...

MARIA  
¡Dadme ese pliego!  
¡Dadme ese pliego!

REINA  
¡No!  
MARTA  
¡Socorro!  
REINA (Sujetándola por el cuello.)  
¡Calla!

La Guzmán morirá...

MARIA  
¡Mas esa sangre  
la noble frente de don Pedro mancha!...  
¡Mas no, no puedè ser... dadme ese  
[pliego!

(Se desprende violentamente de la reina y se  
alza amenazante.)

REINA  
¡Con qué fiera altivez me lo reclamas!  
MARTA  
¡Señora, por piedad!

REINA (Con sarcasmo.)  
¡Cómo defienden  
la presa de su amor las cortesanas!  
¿Temes que lo que hoy hago yo con ella  
mañana haga contigo doña Blanca?

MARIA  
¡Señora, por piedad!... ¡Mirad mi llanto!

REINA  
La Guzmán morirá...

MARIA (Loca de dolor.)  
Mi pecho estalla...  
Y ya no puedo más... ¡Dadme ese plie-  
[go,

o yo misma os lo arranco!  
(Avanza hacia la reina.)

REINA (Retrocediendo hacia la ventana.)  
¡Calla! ¡Calla!

¿Te atreverás? ¿Te atreverás?

MARIA (Avanzando con energía.)  
¡A todo,  
antes de consentir tan torpe hazaña!  
(La reina rasga el pliego y lo arroja por la ven-  
tana. Después se vuelve, altiva, hacia doña  
María.)

REINA  
Ahora díselo al rey... ¡Cuando él lo sepa  
ya se habrá consumado mi venganza!

## ACTO SEGUNDO

La misma decoración que en el acto anterior. Anochece.

### ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE,  
DON JUAN DE LA CERDA, PERO  
LOPEZ DE AYALA, ALVARO DE ZUNIGA,  
SANCHO FERNANDEZ DE TORO y con-  
jurados.

ALBURQUERQUE  
Señores, los grandes males  
exigen grandes remedios,  
y hay que cortar por lo sano  
si hemos de salvar al reino,  
que no hay médicos que dejen,  
por librar un solo miembro  
gangrenado, que por él  
se gangrene todo el cuerpo.

CERDA  
Nadie aquí tiene segura  
la cabeza sobre el cuello,  
porque no respetan nada  
las furias del rey don Pedro.  
Cayó Garcilaso en Burgos,  
cayó en Aguilar mi suegro:  
Coronel; Núñez de Prado  
también a traición ha muerto...

ALBURQUERQUE  
¡Y lo que es él para todos  
en mí tenéis el ejemplo!  
Me quitó el sello real;  
desatendió mis consejos,  
y me temo que mañana,  
vengativo, sin respeto  
a mis servicios, me mande  
al cadalso o al destierro.  
En vano, en vano he querido  
poner a sus furias freno,  
uniéndole a la princesa  
de Borbón. Tal casamiento  
en vez de evitar los males  
ha creado males nuevos  
porque ha sido cual si uniesen  
a un lobo con un cordero.  
La misma noche de bodas,  
desatendiendo los ruegos  
de su madre, a doña Blanca  
la dejó sola en el lecho,

MARIA (Retrocediendo espantada.)  
¡Maldición sobre ti, reina maldita!  
¡Maldición sobre ti! ¡Sobre ti caiga,  
como lluvia de fuego inextinguible,  
esa sangre inocente que derramas!

FIN DEL PRIMER ACTO

para en Montalván reunirse  
con la Padilla de nuevo.

LOPEZ  
¡La Padilla!... ¡Esa es la causa  
de los males de estos reinos!  
Ella nos rige, y Castilla  
es de su familia un feudo.

CERDA  
Todos que vengar en ella  
algún agravio tenemos.  
Yo, por mi parte, el maestrazgo  
de Calatrava, que siendo  
de don Juan Núñez, mi tío,  
el rey se lo dió a don Diego  
Padilla...

SANCHO  
También a mí,  
para dárselo a otro deudo  
de doña María, el cargo  
me quitaron de frontero  
de Portugal...

ALVARO  
¡Por su culpa  
mi padre murió en destierro,  
sin que la tierra sagrada  
que reconquistó su acero  
para la enseña de Cristo,  
pudiese cubrir sus huesos!...

LOPEZ  
Por causa de la Padilla  
el rey corre loco y ciego  
al abismo...

ALBURQUERQUE  
Hasta su madre  
a nuestro lado se ha puesto.  
Los infantes de Aragón  
también son del bando nuestro,  
y todos los ricos homes...

LOPEZ  
Y hasta los bastardos, menos  
don Fadrique, que aun vacila,  
calientes los nobles restos  
de doña Leonor, su madre,  
—que, como todos sabemos,  
en Talavera fué muerta,—

sus rencores han depuesto,  
y en torno a la reina madre  
también se agrupan, tendiendo  
su mano a la ensangrentada  
mano que les dejó huérfanos.

ALVARO

¡Vive Dios, que yo en su caso  
otra cosa hubiera hecho!  
A quien matase a mi madre  
no tocara, ¡vive el cielo!,  
mi mano, si antes que ella  
no le tocase mi acero!

ALBURQUERQUE

Francia nos dará su apoyo,  
Aragón nos presta aliento,  
y Portugal y Navarra...  
Y hasta el pontífice ha puesto,  
señores, en entredicho  
la corona de don Pedro,  
si no deja a la Padilla  
y pacífica estos reinos,  
uniéndose a doña Blanca,  
su regia esposa, de nuevo.

ALVARO

Poco el pontífice fuera,  
y Francia y el mundo entero  
si a su lado el rey tuviese  
la nobleza de estos reinos,  
que la tierra castellana  
sienta mal al extranjero  
porque en sus senos encierra  
mucho ardor y mucho hierro.

ALBURQUERQUE

¡Hay que separarlos pronto!  
Esta noche... Aprovechemos  
la ocasión, porque mañana  
será inútil nuestro empeño.  
El rey, con todos los suyos,  
se fué a cazar. Pues a tiempo  
que él caza garzas, nosotros  
su paloma cazaremos,  
y teniendo la paloma  
el palomo será nuestro...  
A Medina, donde esperan  
las reinas, la llevaremos,  
y allí prisionera muere  
o profesa en un convento...

LOPEZ

Desde Sevilla a Medina  
asegurados tenemos  
los caminos por las gentes  
de Trastámara...

ALBURQUERQUE

Aquí, dentro  
de palacio, ausente el rey,  
somos los únicos dueños...

CERDA

Y el oro todas las puertas  
de la ciudad nos ha abierto.

SANCHO

¿Mas si don Fadrique llega  
a sospechar?...

LOPEZ

No haya miedo  
del maestre. Esta mañana  
despidióse de don Pedro.  
Para tornar a Llerena  
todo lo tiene dispuesto...  
¡Antes que salga la luna  
ha de emprender el regreso!

ALBURQUERQUE

Al sonar las oraciones  
en el próximo convento,  
a robar a la Padilla  
enmascarados vendremos  
todos aquí, que este patio  
conduce a sus aposentos.  
Yo respondo de la guardia  
del alcázar... Hasta luego.

SANCHO

El cielo os guarde, Alburquerque.

ALBURQUERQUE

¡Señores, guardéos el cielo!

(Salen los caballeros por el primer término a  
la izquierda.)

## ESCENA II

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE  
Y PERO LOPEZ DE AYALA.

LOPEZ

Pero señor, ¿qué os dijo  
la reina doña María?

ALBURQUERQUE

Que aun en contra de su hijo  
nuestro plan apoyaría,  
porque a sufrir se subleva  
su alma generosa y brava  
el yugo de esa manceba  
que hizo a Castilla su esclava.

LOPEZ

Mas, ¿su hijo?

ALBURQUERQUE

Desprendido  
del yugo de esa mujer,  
volverá don Pedro a ser  
esclavo de su valido.  
Y si en su fiera arrogancia  
se opone a cuanto ambiciono,  
no le arriendo la ganancia  
ni a don Pedro ni a su trono.  
Un niño don Pedro era  
cuando su padre murió.  
En bandos Castilla entera  
contra él se levantó.  
Noble con exceso fui,  
que el cetro que se caía  
de su mano, ¡pese a mí!,  
le sostuve con la mía.  
Mas probarle quiero yo,  
por su ingratitud cruel,

que el que al trono le subió  
es capaz de echarle de él.

LOPEZ

Mas, ¿quién en esta nación  
ha de reinar?

ALBURQUERQUE

¡Voto a tal!  
Don Pedro de Portugal,  
don Fernando de Aragón,  
Enrique de Trastámara...  
Cualesquiera de ellos, pues,  
cualesquiera de los tres  
tiene firme el brazo para  
regir el reino...

LOPEZ

¿Mas vos?

ALBURQUERQUE

Nunca de ello presumí,  
que es un reino, ¡vive Dios!,  
poca cosa para mí.  
Pues no anhela mi esperanza  
más premio ni galardón  
que un cetro: mi férrea lanza,  
y un trono: mi duro arzón.  
Y mientras pueda blandir  
la lanza, Ayala, mis leyes  
haré a lanzazos cumplir  
a los más altivos reyes.

LOPEZ

Mas yo quiero que me explique  
vuestro ingenio cómo es  
posible que don Enrique  
esté con nosotros, ¡pues  
la reina madre dió muerte  
a la suya!...

ALBURQUERQUE

¡No hay razón,  
que acalla al odio más fuerte  
el grito de la ambición!  
Mas nunca vuestra imprudencia  
de ese crimen vuelva a hablar,  
porque tornan a sangrar  
heridas en mi conciencia...  
Mas basta de reflexiones;  
vuestros planes ultimemos,  
y aquí por ella vendremos  
al sonar las oraciones.

(Salen por la izquierda.)

## ESCENA III

DON FADRIQUE Y FERNAN DE CASTRO,  
que aparecen por el fondo.

CASTRO

¿Qué pena os ha encadenado?  
¿Qué cólera os estremece  
que vuestro rostro parece  
el rostro de un condenado?

FADRIQUE

¿Cómo no he de estarlo, di,  
si llevo—¡oh, suplicio eterno!—

todo el fuego del infierno  
ardiendo dentro de mí?

¡Antes cegara que ver  
aquellos ojos que son  
causa de mi perdición  
y mi eterno padecer!  
Ojos claros, ojos claros,  
azules como el zafiro,  
¿cómo poder olvidaros,  
si me matáis al miraros  
y muero cuando no os miro?  
De vosotros me alejé  
creyendo el mal evitar;  
pero todo inútil fué,  
pues vivo pensando en que  
pronto os volveré a mirar.  
¡Mas no, que aun antes que vea  
mi cerviz doblada al yugo,  
he de hacer que mi amor sea  
de mi propio amor verdugo!...  
Como la muy casta dama,  
la de las manos crueles,  
gloria de los Coroneles  
y admiración de la fama,  
la que con su propio fuego  
quiso vencer sus hogueras  
yo he de hacer, amor, que luego  
en tu propio fuego mueras.  
Si mis ojos han de ser  
llamas que te han de avivar,  
yo haré mis ojos quemar  
para no volverte a ver.

CASTRO

¿Vos que habéis siempre, señor,  
al amor esclavizado,  
cómo os habéis transformado  
en esclavo del amor?

FADRIQUE

De sus flechas me rei;  
me burlé de sus celadas;  
mas de las burlas pasadas  
¡qué bien se venga hoy de mí!

CASTRO

Mas no temed a su estrago,  
que la dama más altiva  
será feliz si es cautiva  
del maestre de Santiago.

FADRIQUE

¡No! Que en impetus fatales  
mi amor se fué a remontar  
donde no pueden llegar  
ni las águilas caudales.  
Y si algún día pudiera  
abrigar una esperanza,  
es tal mi desventuranza  
que amor, de miedo, muriera.  
Desde que mi alma la vió  
¡ay, Fernán Castro, no sé  
si ella en mi alma se entró,  
o a ella mi alma se fué!

Pero ya no puedo más...  
Oye mis secretos, pues  
mi desgracia llorarás  
cuando conozca quién es  
la causa de esta pasión  
que apagar intento en vano...  
la esposa del rey mi hermano ..  
¡Doña Blanca de Borbón!

CASTRO  
(Cubriéndose el rostro con las manos.)  
¡Doña Blanca!... ¡Qué locura!

FADRIQUE  
¡Ve si mi suerte es horrible,  
pues he puesto mi ventura  
más allá de lo imposible!  
Ya sabes que fui a Narbona  
para traerla a Castilla,  
a compartir la corona  
con don Pedro... De Sevilla  
salí—¡nunca tal hiciera!—  
anhelando en mi furor  
vengar a doña Leonor,  
recién muerta en Talavera.  
En Narbona la encontré...  
Mas, ¡ay!, que apenas la vi  
yo no sé lo que sentí  
que sin habla me quedé;  
huyó el color de mi cara,  
y se doblaron mis dos  
rodillas, cual si me hallara  
a la presencia de Dios...  
¡Y desde entonces, fatal,  
este amor desesperado  
llevo en el pecho clavado  
como si fuera un puñal!  
Como curarme no espero,  
de arrancármelo no trato,  
pues si lo arranco me mato,  
y si lo dejo me muero.  
¡Y puesto que he de morir,  
en mi desesperación,  
prefiero al fin sucumbir  
con él en el corazón!

CASTRO  
Huid de ella, porque bien  
dice el sentir de la gente:  
«Cuando los ojos no ven  
el pecho, señor, no siente.»

FADRIQUE  
Su amor conmigo concluye.  
Como mi sombra me sigue;  
y si la persigo, huye,  
y si huyo, me persigue.  
Para mis cuitas finir,  
al rey le vine a pedir  
su licencia para ir  
a la frontera, a lidiar  
con las huestes agarenas...  
¡Bendito el dardo, el lanzón  
que al pasarme el corazón

me liberte de estas penas!  
¡Para ver si de esta suerte,  
luchando logro olvidar  
amor que me ha de matar,  
si ya no me dió la muerte!

CASTRO  
Mas la reina ¿os ha alentado?

FADRIQUE  
No sé... ni saberlo quiero...  
Sólo sé que enamorado  
de ella estoy, y amando muero...

#### ESCENA IV

Dichos y UN PAJE, que penetra por la izquierda

PAJE  
Para la marcha, señor,  
todos están preparados;  
y a la puerta, de impaciencia,  
relincha vuestro caballo.

FADRIQUE  
(Al paje.)  
Vamos pronto.

A la Padilla  
ve y dile en mi nombre, Carlos,  
que para partir, tan sólo  
despedirme de ella aguardo  
(El paje entra por la primera puerta de la derecha.)  
Le debo a doña María  
gratitud. Prestóle amparo  
a mi madre, y generosa  
su vida hubiera salvado  
sin la traición de la reina,  
y si se presenta el caso  
ya verá doña María  
como con creces la pago,  
que olvidar deudas de honor  
no es propio de hombres honrados.

#### ESCENA V

DOÑA MARIA y DOÑA JUANA GARCIA  
DE SOTOMAYOR, que aparecen por la derecha

PAJE  
Aquí está doña María.  
(Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan.)

MARIA  
¿El maestro de Santiago  
se va a Llerena de nuevo?

FADRIQUE  
Tan sólo estoy esperando,  
para partir, que a besar  
me déis, señora, las manos,  
pues la gratitud que os debo  
ya que no puedo pagaros  
con mi vida; dejad que  
os la pague con los labios.  
(Se inclina y le besa las manos.)

MARIA  
No me recordéis memorias

que olvidar debemos ambos;  
hice por vos cuanto pude...  
Y sabed que, en todo caso,  
puede conmigo contar  
el maestro de Santiago.

FADRIQUE  
Y yo la existencia entera  
os diese, señora, en cambio,  
y aun la vida es poco para  
lo que os estoy obligado.  
¡Adiós, señora! ¡Sabed  
que en mí tenéis un esclavo!  
Y si alguna vez—en estos  
tiempos porque atravesamos  
todo en lo posible cabe—  
necesitáis el amparo  
de un brazo y un corazón,  
si os pueden servir en algo,  
aquí, señora, tenéis  
mi corazón y mi brazo!  
(Don Fadrique y Fernán de Castro se inclinan  
y salen por la izquierda seguidos del paje.)

#### ESCENA VI

DOÑA MARIA y DOÑA JUANA GARCIA  
DE SOTOMAYOR

JUANA  
¡Pálida estáis, dueña mía!  
No parece sino que  
con la claridad del día  
vuestra claridad se fué.

MARIA  
Don Pedro cazando está  
y sin él vivir no puedo.  
Es sol que vida me da,  
y cuando mi sol se va  
yo no sé cómo me quedo.  
Corro de acá para allí,  
con mi soledad batallo,  
y en mi ciego frenesí  
busco algo que no hallo  
ni en mí ni fuera de mí,  
pues tras su recuerdo fiel  
vaga aturrido mi amor,  
dando aullidos de dolor,  
igual que un ciego lebré  
en busca de su señor.  
Mi corazón se subleva  
cuando pienso en su partida...  
¿Cómo no quedar dolida,  
cuando en sus manos se lleva  
como un anillo mi vida?  
¡Vida que tan suya es,  
que si de ella se cansara  
yo mismo la deshojara  
como una flor a sus pies!

#### ESCENA VII

Dichos y MENCIA, con un laúd en la mano;  
LIRRACA, ALFONSO CARRELLO, ISABEL  
y damas, que entran por la verja del jardín.

MENCIA  
(Acercándose a doña María.)

Aquí el laúd. El laúd  
de aquel joven trovador  
que, prendado de la reina  
doña Juana de Aragón,  
le hallaron una mañana  
muerto al pie de un torreón,  
con un venablo clavado  
en mitad del corazón.  
Tiene las cuerdas de plata...  
¡Señora, pulsadlo vos,  
que sólo pulsarlo deben  
manos que sepan de amor!

JUANA  
Cantadnos, doña María,  
alguna nueva canción,  
que los cantares y el vino  
hermanos gemelos son,  
pues ambos dicen que espantan  
las penas del corazón.

MENCIA  
¿Os acordáis de la trova  
a Sevilla, que, al fulgor  
de la luna sobre el río,  
en vuestra barca cantó  
aquel remero de Gelves  
con lágrimas en la voz?  
Era una noche de mayo...  
Don Pedro estaba con vos,  
apenas convaleciente  
de su mal. Bajo el blancor  
del plenilunio, la barca  
se deslizaba veloz,  
como perdida en un sueño  
de blancos lirios en flor.  
¿Os acordáis? En el aire  
se respiraba el olor  
de las riberas floridas  
de azahares... Se extinguió  
como un perfume en el viento  
el eco de la canción...  
¡Recitad aquella trova,  
que quiero aprenderla yo!

ISABEL  
¡Recitadla!  
LIRRACA  
¡Recitadla!

JUANA  
¡Siquiera por el amor  
de esa ciudad que os adora  
igual que se adora a Dios!  
MARIA  
(Acompañándose del laúd.)  
Eres, Sevilla, igual que una  
sultana pálida de amor,



que encanta un rayo de la luna sobre un morisco mirador. Tu regia pompa se retrata bajo tus cielos de zafir, como en espejos de oro y plata en el azul Guadalquivir. Tu nombre, dulce de cantar, glorioso como el del laurel, huele a jazmines y a azahar, suena a laúd y sabe a miel. Mansión de encantos hecha para, sin voluntad, morir de amor como flor que deshojara el salpicar de un surtidor.

Los ojos que una vez te ven siempre contigo han de soñar, y ni en la gloria del Edén podrán tus glorias olvidar. Aureo joyel de Andalucía, otra ciudad cual tú no existe, pues es, Sevilla, la alegría la regia pompa que te viste. ¡Córdoba tiene su mezcquita, Jaén su altiva catedral... Sevilla nada necesita, porque Sevilla tiene más! Cielos más claros que ninguna, noches más limpidas y bellas... Aquí es más fúlgida la luna y más brillantes las estrellas. Tu juventud, ebria de amores y sol, no sabe lo que es frío... En ti no nievan sino flores y llueven perlas de rocío. Ciudad formada para el sueño más bello del amor, tienes la sangre del clavel y el corazón del ruiseñor... ¡Ciudad formada para el sueño más bello del amor! (Pequeña pausa. En el jardín aparece la luna.)

JUANA

Todo el alma de Sevilla, igual que un ramo de azahar sobre el seno de una novia perfuma en ese cantar. (Resuena un estruendo de tropas de guerra en el foro.)

MARIA

Esas trompetas, ¿qué son? (Alarmada.)

JUANA

(Corriendo al ajimez de la izquierda.) Don Fadrique que se va a Llerena con los suyos.

URRACA

(Desde el fondo.) ¡Venid, señora, y mirad cómo atraviesan sus huestes las calles de la ciudad!

ISABEL

(Desde el jardín.) ¡Qué gallardo va el maestro cabalgando en su alazán!

JUANA

Desde el jardín los veremos.

URRACA

¡Venid, señora, y mirad!

(Doña María y las damas se dirigen al jardín entre el clamor de las trompetas. Al ir a salir Mencía la detiene Beltrán, que entra rápidamente por la izquierda.)

### ESCENA VIII

BELTRAN y MENCIA

MENCIA

¡Siempre os encuentro a mi lado! ¿El rey, acaso, Beltrán, para honrarme, os ha nombrado mi guardián? ¡Vuestra terquedad me asombra! ¿Cuándo libre me veré?

BELTRAN

Quando os deje vuestra sombra, yo, señora, os dejaré.

MENCIA

Siempre que hablo me contesta, como un eco dolorido, vuestra voz torpe y molesta... ¿Cuándo dejará mi oído de escuchar las tristes quejas de vuestros locos amores?

BELTRAN

Quando dejen las abejas de buscar miel en las flores.

MENCIA

En vano vuestra porfía... ¡Dejadme ya, señor paje!

BELTRAN

No puedo, doña Mencía, que traigo un doble mensaje. (Mencía intenta escapar. Beltrán la detiene.) Escuchad... El rey lo ordena.

MENCIA

Si me niego a obedecer, decid, Beltrán, ¿qué condena el rey me puede imponer?

BELTRAN

Su justicia es vengadora con la traición... ¿Ya sabéis?... Que os den mil besos, señora, donde vos mejor gustéis; pues generoso en su pecho, y a los reos de traición suele dejar un derecho: el derecho de elección...

MENCIA

Mil besos... ¡Ay, qué insolencia!

BELTRAN

Y estos mis labios serán

los dos verdugos que harán en vos firme la sentencia.

MENCIA

¿Y si a cumplirla me niego?

BELTRAN

Mis brazos serán prisión... ¡Y os quemaréis en el fuego dentro de mi corazón!

MENCIA

Por no sufrir tal ultraje os oigo. Como es de ley decid el doble mensaje... Pero primero el del rey...

BELTRAN

Ya sabéis, doña Mencía, que, como mozo galán, gusta de la cetrería... Sobre un soberbio alazán, todo enjaezado de oro y perlas, que le envié desde Granada el rey moro, esta mañana salí con otros nobles señores, de Sevilla, la leal, a probar unos azores llegados de Portugal. Y como soy su halconero favorito, también iba cabalgando en un overo en la regia comitiva. Por esos montes cazando pasamos entero el día: él, en su dueña pensando, y yo en vos, doña Mencía. A su lado me llamó, y en voz baja me ordenó que regresase a Sevilla, galopando a rienda suelta, para dar a la Padilla la noticia de su vuelta. Y encontrar no pudo él un mensajero mejor, ¡que al más cansado corcel alas le presta el amor!

Y ya que os di su mensaje, ahora, señora, escuchad otro que para vos traje... ¡Mis tristes ojos mirad, y ellos os dirán, Mencía, todo lo que el alma siente cual decirlo no podría el labio más elocuente! ¡Miradlos por vos llorar, pues el llanto es el mejor lenguaje para expresar las tristezas del amor!

MENCIA

(Conmovida.) ¡Beltrán, Beltrán, yo no quiero que sufras así, que llores...!

(Contemplando el jardín, donde resuenan risas de las damas.)

Mas mira: aquel limonero está dejando sin flores mi señora... Trae un ramo tan grande, que se dijera que es ella la primera...

BELTRAN

¡Mencía...! ¡Cuánto te amo!

MENCIA

¡Calla, calla, señor paje!... ¿Cuándo al fin te callarás? Se acerca ella, y podrás ahora decirle el mensaje.

(Se dirigen al jardín, donde se ven cruzar a doña María y algunas damas. Por la puerta de la izquierda aparecen Alburquerque y Pero López de Ayala.)

### ESCENA IX

ALBURQUERQUE y PERO LOPEZ DE AYALA

ALBURQUERQUE

Alguna noticia urgente Beltrán ha traído. Acabo de verle entrar a galope desempedrando ese patio. Tiró las bridas al cuello y descabalgó de un salto, y aquí se entró tan de prisa que alcanzarle no he logrado.

LOPEZ

(Temeroso.)

¡Si algún traidor a don Pedro le dió la noticia estamos perdidos!

ALBURQUERQUE

¿Por qué temores si armas tenemos y brazos? Y puesto que en esta empresa la cabeza nos jugamos, si a traición nos han vendido, en vez de esperar, temblando como viles mujerzuelas, las cóleras del tirano, esperemos como hombres con las armas en la mano. Retroceder no es posible; todo está ya preparado; prontas las gentes de armas; los corceles enjaezados. Al sonar las oraciones aquí estaremos. En tanto, para que seguir no puedan las huellas de nuestros pasos, desjarretaremos todos los corceles que han quedado en esas caballerizas... Y encerraremos al paso en las cuevas del alcázar palafreneros y esclavos...

LOPEZ

Aquí viene la Padilla  
con Beltrán...

ALBURQUERQUE

Ayala; vámonos;

no sospeche de nosotros  
al mirar que la espíamos.

(Se van por la izquierda.)

### ESCENA X

DOÑA MARIA, DOÑA JUANA, MENCIA,  
URRACA, ISABEL, BELLRAN y damas, que  
entran por la verja del foro, con grandes ramos  
de flores.

MARIA

Frescas guirnaldas de rosas  
en los arcos colocad;  
cubrid de lirios el suelo  
y mi cámara adornad  
con manojos de claveles  
y con ramos de azahar,  
que mi amor regresa y gusta  
entre flores reposar.

(Algunas damas suspenden guirnaldas de los  
arcos. Otras penetran con las flores en el apo-  
sento de doña María.)

Encended todas las lámparas,  
y de las arcas sacad  
la veste mejor labrada,  
el más soberbio collar,  
las joyas más ricas, todo  
cuanto me pueda ataviar,  
porque le gusta mirarme  
ataviada a mi galán.

Cumplid mis órdenes presto...  
¿Llegará pronto, Beltrán?

BELTRAN

Tal ansia tiene de veros,  
que para presto llegar  
alas su misma impaciencia  
a su corcel prestará.

MENCIA

(Saliendo de la estancia de doña María.)

Señora, el rey ha llegado...

BELTRAN

Aquí le tenemos ya.

(Aparece don Pedro por la estancia de doña  
María, vestido de caza y con un gerifalte a  
puño. Doña María corre hacia él.)

### ESCENA XI

Dichos y DON PEDRO

MARIA

¡Don Pedro!

PEDRO

¡Doña María,  
felices ojos que van  
a verte después de tantas  
horas que ciegos están!

(A Beltrán.)

Toma el gerifalte, toma

mis armas y ve, Beltrán,  
a la entrada del jardín  
a recoger mi alazán,  
que fatigado, de tanto  
como ha corrido, estará.

MARIA

¡Mi corazón va a romperse  
de tanta felicidad!  
¿Cómo llegastéis tan pronto?

PEDRO

Un deseo de mirar  
tus pupilas, de sentirte  
entre mis brazos temblar  
me acometió de repente...  
Volví rienda a mi alazán...  
Nadie sabe mi partida  
ni nadie me ha visto entrar...

MARIA

¡Dueñas mías, dueña mías,  
marchaos a descansar!  
(Salen las damas por la puerta de la derecha.)

### ESCENA XII

DON PEDRO Y DOÑA MARIA

MARIA

¿Vendrás fatigado de la cetrería?

PEDRO

Tres leguas por verte corríen una hora...  
¿Mas qué son tres leguas, si el amor  
[nos guía]

Amor tiene alas, distancias devora...  
Con las bridas sueltas, flotantes las  
[crines,

sintiendo la espuela sangrar los hijares,  
mi corcel volaba por esos jardines  
que nievan el suelo con sus azahares.  
Un rastro de flores dejó su carrera.

¡Amorosamente temblaban sus ancas,  
igual que si en ellas resbalar sintiera  
las tibias caricias de tus manos blancas!

MARIA

¡Oh dulces verdades y tiernas mentiras!  
¡Qué alegres mis manos en tus manos  
[presas]

Se apagan mis ojos si tú no los miras;  
se secan mis labios si tú no los besas...  
A tu lado todo de gozo florece...

¡Viéndome en tus ojos recobro la calma,  
porque al verme en ellos, señor, me pa-  
[rece

que miro mi alma dentro de tu alma!

PEDRO

¿Te acuerdas, María? ¿Te acuerdas,  
[María?

Te vi en una tarde clara como ésta...  
También, como ahora, de caza volvía,  
galopando solo por esa floresta,  
gerifalte al puño y al cinto la espada,  
ebrio con la gloria de mis quince abriles,

sueltos a la fresca brisa perfumada  
mis rubios y undosos rizos juveniles...  
Entre locos sueños, en la maravilla  
de la tarde, el alma respiraba entera  
el perfume múltiple que exhala Sevilla  
que es todo el aroma de la primavera.  
Bajo el argentino claro campaneo  
que la floreciente tarde armonizaba,  
sediento de presas, era mi deseo  
como el gerifalte que al puño llevaba.  
Refrené mi potro... Revoloteaban  
las palomas sobre un alfeizar, María.  
Unas en tus manos el trigo picaban  
y otra, más traviesa, su pico extendía  
buscando tus labios, con su tembloroso  
plumaje peinando tu negro cabello...  
¡Mi halcón sobre ella lanzóse celoso,  
y sus corvas garras las hundió en su

[cuello!...

¡Y lanzando un grito de horror, dolo-  
[rida,

a tus propios senos llevaste la mano,  
igual que si en ellos sitieses la herida  
del amor, que tiene garras de milano!

MARIA

¿Y cómo mi labio reprimir podría  
un grito de angustia, si también tu halcón,  
al par que apresaba la paloma, hundía  
sus garras sangrientas en mi corazón?  
Un presentimiento suspiró a mi oído,  
con la voz que oímos temblar en un  
[sueño:

—¡Tu alma ya no es tuya!... ¡Su dueño  
[ha venido!...

¡Y alma y vida, juntas, se las di a mi  
[dueño!

Te amo porque eres generoso y fuerte;  
porque me subyuga tu altivo mirar;  
porque ha encadenado tu orgullo a la  
[muerte

y altivo la miras sin pestañear!  
Y cuando mis manos tus rizos separan,  
de orgullo y de miedo salta el corazón,  
y mis dedos tiemblan, cual si acariciaran  
las enmarañadas crines de un león.

¡Reposa en mis brazos! Da todo al ol-  
[vido...

¿Qué te importan reinos, cetro ni co-  
[rona?...]

¡Con las zarpas prestas y atento el oído,  
mi león, tus sueños vela tu leona!

ALBURQUERQUE Vigilad esas puertas...

MARIA

¡Traición, traición!

ALBURQUERQUE

y sois muerta!

### ESCENA XIII

Dichos y BELTRAN, que entran por la derecha

BELTRAN

Su Alteza me perdona... mas venía...

PEDRO

¿Qué pasa? Dí, Beltrán, ¿cómo te atreves  
a penetrar aquí?

BELTRAN

(Tembloroso.)

Están, don Pedro,

desjarretados todos los corceles  
en las caballerizas...

PEDRO

¿Es posible?

Mas, ¿Cómo? Dí, Beltrán...

BELTRAN

¡Venid y vedles!

Hasta vuestro alazán, en este patio,  
bañado en sangre y en sudor se muere...

PEDRO

¡Dame un hierro, Beltrán! Vuelvo, Ma-  
[ría.

¡Sepamos presto qué misterio es éste!  
(Beltrán toma una antorcha y sale con don  
Pedro por a primera puerta de la derecha. Sue-  
nan las oraciones en el convento próximo. Doña  
María se arro dilla. Algunas sombras aparecen  
en el fondo del jardín.)

### ESCENA XIV

DOÑA MARIA y conjurados.

MARIA

(Rezando.)

¡Señor, por las afrentas que sufriste,  
haz que repose el corazón del triste,  
y que sus llagas dolorosas  
se conviertan en rosas!...

Señor, por las afrentas que sufriste!  
Señor, por el dolor de tu pasión,  
unge con la piedad de tu perdón  
a los que en brazos del mal gimen,  
a la traición y al crimen!...

¡Señor, por el dolor de tu pasión!  
¡Señor, por las espinas de tu sien,  
por la sangre que corre por tu faz,  
da a los ojos el sueño, y da también  
al corazón la paz!...

¡Que nadie turbe vuestra gloria!...  
[¡Amén!

(Los conjurados se han ido acercando cau-  
telosamente a doña María. Esta, al levantarse,  
los contempla y retrocede asustada.)

(En voz baja a los conjurados.)

Mas, ¿qué es esto?

(Gritando.)

¡Silencio! ¡Una palabra

(Amenazándola con un puñal.)

MARIA  
ALBURQUERQUE

MARIA

¡Socorro,  
¡No gritéis,  
o mi puñal os hundo en la garganta!  
¡Don Pedro, a mí, don Pedro...!  
(Los conjurados arrebatan a doña María.)

### ESCENA XV

Dichos y DON PEDRO; BELTRAN y damas. Las damas salen precipitadamente por la segunda puerta de la derecha, y después don Pedro y Beltrán. Todo rapidísimo.

DAMAS  
MARIA

¿Qué sucede?  
¡Amparadme!

(Gritando por el foro.)

ALBURQUERQUE  
DAMAS

¡Ponedle una mordaza!  
¡Se la llevan...! ¡Socorro!  
(Gritando, mientras los conjurados se llevan a doña María hacia el jardín.)

MARIA  
DAMAS  
PEDRO

¡A mí, don Pedro!  
¡Socorro...! ¡Auxilio...! ¡Comasión...!  
(Como locas, gritando.)

DAMAS

¿Qué pasa?  
(Apareciendo en la primera puerta de la derecha.)  
Se la llevan.  
(El rey corre hacia los conjurados, y al ir a escapar por la verja, sujeta del tabardo a López de Ayala. Don Pedro levanta la espada. Pero López de Ayala cae de rodilla...)

LOPEZ  
PEDRO  
LOPEZ  
PEDRO  
LOPEZ  
PEDRO  
LOPEZ

¡Piedad!...  
¡Presto! ¿Quién eres?  
¡Tened piedad, señor!  
(Arrancándole el antifaz.) ¡López de Ayala!  
Me arrastró la lealtad... Pensé serviros...  
¡Disculpas no me des!... ¡La verdad!... ¡Habla!  
Alburquerque y La Cerda se la llevaron a Medina del Campo...

PEDRO

¡Traidor, basta!  
(Sacudiéndole violentamente por el brazo.)  
¡Puesto que al hombre transformáis en fiera,  
la fiera va a rugir... desde este instante,  
para saciar mi sed no habrá bastante  
sangre, traidores, en Castilla entera!...

FIN DEL ACTO SEGUNDO

### ACTO TERCERO

Galería en el castillo de Medina del Campo. Al fondo, una gran puerta gótica que da a la iglesia. A la izquierda, dos amplios arcos que conducen a las almenas. A la derecha, la puerta de la cámara de doña María de Padilla y un postigo que se supone da a un subterráneo. En el centro de la escena, un alio crucifijo de talla, iluminado por una lámpara de aceite.

#### ESCENA PRIMERA

DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE,  
DON JUAN DE LA CERDA, DON FERNAN  
RUIZ DE CASTRO y Fijosdalgos, conversan  
en torno de la cruz.

ALBURQUERQUE  
Fijosdalgos de Castilla,  
fijosdalgos, que jurásteis  
por la cruz de vuestro acero  
y el honor de vuestra sangre  
prestar amparo a las reinas  
contra el rey, llegó el instante  
en que, matando o muriendo,

vuestra palabra cumpláis,  
que abandonar tales damas  
en tan peligrosos trances  
no es propio de caballeros  
que se precien de galanes.  
Frente a Medina, don Pedro  
piensa sentar sus reales.  
Y en su furor ha jurado  
no alzarlos, mientras no sacie  
su venganza—no en nosotros,  
que hombres somos y no en balde  
ceñimos cotas y espadas  
para morir como tales.

¡sino en la sangre inocente  
de su esposa y de su madre!  
Y vosotros, fijosdalgos,  
si a vuestro honor sois leales,  
en tanto que por las venas  
corra una gota de sangre  
¿permitiréis que se cumplan  
juramentos semejantes?

FIJOSDALGOS

(Arrodillándose y extendiendo los brazos  
para jurar.)

¡Nosotros también juramos!

ALBURQUERQUE

(Levantándose y señalando las almenas.)

¡Desplegad los estandartes;  
enjaezad vuestros corceles,  
que antes que la aurora bañe  
las torres de este castillo  
con sus vivas claridades,  
las roncadas trompas de guerra  
atronarán esos valles  
para salir al encuentro  
de las mesnadas reales!

(Los fijosdalgos se inclinan y salen por la arquería de la izquierda.)

#### ESCENA II

ALBURQUERQUE, LA CERDA, FERNAN  
RUIZ DE CASTRO y SANCHO FERNAN-  
DEZ DE TORO conversando en el primer  
término de la izquierda.

ALBURQUERQUE

¿Qué noticias, campeones,  
trajeron de nuestro campo?

SANCHO

La gente de don Enrique  
de Toro se ha apoderado;  
y los infantes esperan  
tomar Burgos por asalto.

CERDA

Y el rey, a nuestro mensaje,  
¿qué respondió?...

ALBURQUERQUE

Don Fernando,  
repetid a estos señores  
cómo cumplisteis mi encargo.

CASTRO

(Un poco desconcertado.)

En servicio de las reinas  
llegué ayer tarde a su campo  
en la punta de mi lanza  
mi blanca toca agitando.  
Paré a la tienda del rey,  
y las rodillas doblando  
quise entregarle los pliegos...  
¡mas los rechazó su mano!  
Y me dijo, lentamente,  
con los dientes rechinando,  
cual si sus propias palabras  
las desgarrase en los labios:  
—No quiero ver esos pliegos,

ni me habléis de ellos, Fernando,  
que pliegos de esta ralea  
manchan mis reales manos.  
Para que de ellos no queden  
ni los más ligeros rastros,  
a vuestra vista, el verdugo  
ahora mismo va a quemarlos,  
y aventará para siempre  
su ceniza en el espacio.

¡Vos, volved con los rebeldes,  
si ahora merced os hago  
de la vida, es porque espero  
mañana mismo colgaros  
de los muros de Medina  
sobre el almenar más alto!  
Y volviéndome la espalda,  
salió furioso, exclamando:  
—¡Pronto, mis gentes de armas,  
prended fuego a todo cuanto  
en este lugar se encierra,  
para que el fuego sagrado  
devore lo que el aliento  
de un traidor ha profanado!

(Pequeña pausa. Más desconcertado.)

Ya no hay que pensar en paces...  
¡Don Pedro no admite pactos  
ni dará a nadie cuarte!...

ALBURQUERQUE

(Violentamente.)  
Mas ¿quién en ello ha pensado?  
no hay más razón que las armas...  
¡Y a las armas apelamos!  
¿Medina suya? ¡Medina  
será de don Pedro cuando  
mi cinto no lleve espada  
ni mis hombres tengan brazos!

CERDA

(Con recelo.)  
Mas ¿si hay traidores?  
ALBURQUERQUE  
Se cuelgan  
de una almena para pasto  
de las aves de rapiña...

CERDA

(Insistente.)  
Mas si entre ellos acaso  
hubiese alguno...

ALBURQUERQUE

Don Juan  
de La Cerda, ¡hablemos claro!  
¿Sospecháis?...

CERDA

De don Fadrique.

CASTRO

(Con violencia.)  
¡Vive Dios que es de villanos  
ofender al que no puede,  
por no estar presente al caso,  
a la lengua que le ultraja  
arrancarla con su mano!  
Mentis si tal sospecháis...

CERDA  
(Indignado, empuñando la espada.)  
Esas frases, don Fernando...

CASTRO  
(Echando mano a la espada.)  
¡Siempre sostuvo mi espada  
lo que dijeron mis labios!

ALBURQUERQUE  
(Interponiéndose con enérgica severidad.)  
¡Callad... o haré un escarminio!  
El maestro de Santiago (A La Cerda.)

no puede infamar la Cruz  
que sangra sobre su manto.  
Además, no es de los nuestros;  
nada ofreció ni ha jurado.  
a servir vino a las reinas  
con el rey, de intermediario.  
Marchad, don Juan, a dar órdenes  
a la gente. Don Fernando,  
vos, anunciad a las reinas  
que al bañar el sol los campos  
profesará a la Padilla...

Mas antes, daros las manos...  
(Don Fernán Ruiz de Castro y La Cerda vacilan un instante. Después se estrechan fieramente las manos.)

CERDA  
(En voz baja.)  
Las palabras que dijisteis...

CASTRO  
(Idem a La Cerda.)  
Os las sostendrá en el campo.  
(Sale La Cerda por el primer término, seguido de don Sancho.)

### ESCENA III

ALBURQUERQUE, FERNAN CASTRO y  
DON ALVARO DE ZUNIGA, que entra por  
el segundo término de la derecha. Al verlo  
se detiene don Fernando.

ALVARO  
¡Señor!  
ALBURQUERQUE  
¿Mi encargo cumplisteis?

ALVARO  
¿Y las reinas?  
Con sus damas  
en el salón de esa torre  
ataviándose se hallan.

ALBURQUERQUE  
¿Y la Padilla?  
ALVARO  
Platica  
con don Fadrique en su estancia...  
Y a la profesión se muestra,  
al parecer, resignada,

ALBURQUERQUE  
Acompañad al de Castro  
donde las reinas aguardan,  
y ejerced sobre el castillo  
la más dura vigilancia.  
(Sale por el segundo término de la izquierda.)

### ESCENA IV

DON ALVARO y FERNAN RUIZ DE CASTRO

CASTRO  
(Viendo desaparecer a Alburquerque y dirigiéndose a don Alvaro.)  
Tengo que hablaros, don Alvaro.

ALVARO  
(Sorprendido.)  
¿Qué queréis?  
CASTRO  
(Mirándole fijamente.)  
Oid con calma,

mancebo. ¿De este castillo  
sois el alcaide, y la guardia  
de la de Padilla os tienen  
también en él confiada?

ALVARO  
(Alarmado.)  
Es cierto.

CASTRO  
(Con lentitud.)  
¿Por que creisteis  
que la Padilla fué causa  
de que vuestro padre fuera  
desterrado de su patria,  
vos habéis sido, don Alvaro,  
traidor a vuestro monarca?

ALVARO  
(Sin poder contenerse.)  
¡Vive Dios que si seguís  
hablando!...

CASTRO  
(Con seriedad.)  
¡Mancebo, calma,  
que os conviene más que a mí  
el escuchar mis palabras!  
;Don Alvaro, respondedme  
con sinceridad, que os habla  
un hombre para quien vos  
oculto no tiene nada!

(Acercándose a don Alvaro.)  
¿Es cierto que al conocer  
la verdad de la desgracia  
de vuestro padre, y que a ella  
era la Padilla extraña,  
pues obra fué de los mismos  
que hoy defiende vuestra espada,  
habéis jurado, don Alvaro,  
de todos tomar venganza,  
y arrepentido, del rey  
queréis volver a la gracia,  
para lo cual a su campo  
llegásteis ayer mañana?...

ALVARO  
(Espantado.)  
¿Quién dijo?...  
CASTRO  
Vuestra conciencia,  
que por vuestros ojos habla.

(Con lentitud.)  
¿No habéis ofrecido al rey  
de-le en el castillo entrada

esta noche, por alguna  
galería subterránea  
de vos sólo conocida?  
Pues vamos... ¡Don Pedro aguarda  
que ahora, devoto, cumpla  
don Alvaro su palabra!  
Aquí he venido a avisaros...  
¿Vuestra gente, preparada  
se encuentra, a prestar su apoyo  
a las huestes del monarca?

ALVARO  
(Convencido.)  
Sólo a su señor esperan  
para morir por su causa.

CASTRO  
A la entrada de la cueva  
nuestro señor nos aguarda.

ALVARO  
(Señalando el postigo.)  
Pues vamos... (¡Si me traicionas,  
no quedaré sin venganza!)  
Desnudando el puñal, y saliendo recatada-  
mente detrás de Castro por el postigo.)

### ESCENA V

DOÑA MARIA DE PADILLA y DON FADRI-  
QUE, que salen por la primera puerta de la  
derecha.

FADRIQUE  
Señora, a salvaros vine,  
y no hay tiempo que perder.  
No dejad que tarde os pague  
deudas que aún no os pagué,  
que ser deudor de favores  
a un noble no sienta bien.  
Me enteré de vuestro raptó  
cuando a Llerena llegué,  
por un pliego de mi hermano  
y de las reinas, en que  
se me instaba a que tomase  
parte en la traición también.  
Y pensando en que salvaros  
pudiera, el plan acepté.  
Conmigo podréis partir  
con el alba... Yo estaré  
con mis huestes, esperándoos  
de esas murallas al pie.  
Conozco un camino oculto  
y por él huir podréis.

MARIA  
Perdonad, señor maestro,  
que rechace auxilios que,  
aunque agradecida os quede,  
porque el aceptarlos fuera  
cobardía, y no altivez,  
y entre cobarde y altiva,  
altiva prefiero ser.  
¡A traición me arrebataron  
de los brazos de mi bien!...

El sabrá vengar la ofensa...  
¡De aquí, señor, no saldré  
—y perdonad mi osadía—  
sino del brazo del rey!

FADRIQUE  
¡Mas yo vine aquí a salvaros;  
y os juro que os salvaré,  
aunque tenga que arrasar  
esta fortaleza, pues  
dejaros aquí ahora, fuera  
acción indigna de quien  
cine acero y viste mallas  
y lleva esta cruz también!  
¡No abrigad una esperanza,  
porque todo inútil es!...  
!Cuando despunte la aurora,  
señora, profesaréis!  
Para salvaros, en vano  
sus huestes congrega el rey,  
porque al llegar a estos muros  
no habrá ya esperanza, pues  
será la esposa de Cristo  
imposible para él.

MARIA  
Mi alma entera os agradece  
vuestra ayuda. Mas no huiré  
porque la gente no diga  
qué cobarde.—al fin mujer—  
por temor a su venganza  
de sus manos me escapé,  
que quien nunca ha delinquido  
nada tiene que temer.  
Aquí espero mi destino...  
¡Y si mi destino es  
ahogar mi vida en un claustro,  
tranquila al claustro me iré  
a buscar a mis dolores  
el consuelo de la fe!  
¡Y si la muerte me brindan  
entonces, ya verán, pues,  
cómo mueren en Castilla  
las mujeres de mi prez,  
y será honrada en la muerte  
quien honrada en vida fué!

FADRIQUE  
Pues bien, señora, me marcho,  
no vayan a sorprender  
nuestra entrevista, y sospechen...  
A solas, pensadlo bien...  
Yo, al pie de esos torreones  
aguardo al amanecer...  
¡Y si partir no quisierais...  
yo solo me partiré,  
porque presenciar no quiero  
infamias de este jaez...  
que el presenciarlas indigno  
de un noble, como yo, es!...  
(Se inclina y sale por el primer término de la  
izquierda.)

ESCENA VI

DOÑA MARIA DE PADILLA

MARIA

(Sola y abatida al pie de la imagen.)

¡Piedad, piedad, Señor! ¿No le ha basado

a tu rigor las penas que he sufrido?  
¡Tantos insultos como he devorado!  
¡Tantas saetas como me han herido!  
El vulgo vil escarneció mi nombre;  
mi fama manchan la traición y el dolo...  
¿Que vos sufristeis más? Vos erais hom-

bre.  
y además erais Dios... ¡Y yo soy sólo  
una débil mujer desamparada,  
que, en su doliente y lacrimoso anhelo,  
a vuestros santos pies arrodillada,  
lo que no halla en la tierra pide al cielo!  
¡Ayúdame, Señor, porque me falta  
la fuerza, y el cansancio me domina...  
Mi altiva frente, que brilló tan alta,  
hoy entre el polvo de dolor se inclina!  
¡Pequé, Señor, pequé... Sueños livia-

nos  
me apartaron de tí... ¡Tú eres testigo  
que viniendo el castigo de tus manos  
aceptaré gustosa tu castigo!  
Revolcándome en lecho de serpientes,  
retorciéndome en medio de las llamas,  
aun cuando crujan de terror mis dientes  
y ardan mis huesos como secas ramas,  
yo alabaré tu gloria justiciera,  
porque hambrienta de goces me he en-

tregado  
—con todo el cuerpo y con el alma en-

tera—  
a los falsos deleites del pecado!  
Con la justicia tu poder coronas...  
Pero piensa, Señor, si tú, que eres  
todo misericordia, no perdonas  
a los pobres mortales, ¿cómo quieres  
que ellos, que son salvajes como po-

tros  
y vengativos como salteadores,  
dando al olvido agravios y rencores  
se perdonen los unos a los otros?  
¡Dale lepra a mi carne, al alma fuego;  
condéname al más bárbaro castigo,  
que tranquila a tus cóleras me entrego  
y en mi suplicio tu rigor bendigo!  
Pero salva este amor que tú encendiste  
dentro del corazón, para que fuera,  
en las tinieblas de mi vida triste,  
la única estrella que su luz me diera!...

(Permanece un momento sollozando, abra-  
zada a la cruz.)

ESCENA VII

Dicha. DOÑA BLANCA y DOÑA SOL  
(Estas últimas aparecen por el segundo tér-  
mino de la izquierda y se detienen al ver a la Pa-  
dilla.)

BLANCA

(Señalando a la Padilla.)

¡Aquí está ya!

SOL

(Deteniéndola.)

¿Qué va a hacer

su alteza?

BLANCA

(Imponiéndole silencio con un gesto.)

¡Callad, callad!

Voy a hablar a esa mujer...

¡Vos, el patio vigilad!

(Avanza resueltamente hacia la Padilla, la  
cual, sorprendida, se alza y retrocede.)

MARIA

(Alzándose.)

¡Esto más!

BLANCA

(Con feroz alegría.)

¡Al fin os vi!...

¿Os extraña mi presencia,

o es que os grita la conciencia

al miraros frente a mí?

(Doña María inclina la frente y baja los ojos.)

¡Palidece vuestra tez

y bajáis los ojos: tal

se presenta el criminal

ante la vista del juez!

MARIA

(Cayendo de rodillas.)

¡Piedad, señora!

BLANCA

(Aproximándose a ella.)

De mí,

tú, manceba, ¿la has tenido?...

¡A vengar aquí he venido

los ultrajes que sufrí!

Sin pena dejé mis lares,

olvidando, en mi alegría,

mis recuerdos familiares,

pensando que aquí hallaría

cuanto anhelante soñé:

la dicha, el amor y un trono...

¡Y en el más negro abandono,

al despertar, me encontré!

Herida de sus desdenes

por las burlas asesinas...

¡con la corona de espinas

sangrando sobre mis sienes!

Cuanto soñaba era tuyo...

Tú mataste mi esperanza...

¡Ya que no mi amor, mi orgullo

está pidiendo venganza!

MARIA

(Suplicante.)

No pudisteis ofrecerme  
venganza más ejemplar...

¡Qué más venganza que verme  
a vuestras plantas temblar,  
sin vida y color la tez,  
igual que ante vos me veo!  
Tenéis razón... ¡Soy un reo  
a la presencia del juez!  
Oidme como juez ahora,  
que a vuestro arbitrio me ofrezco...  
Mas perdonadme, señora,  
si vuestro perdón merezco.  
(Pequeña pausa. Doña María la contempla  
sumisa.)  
¡No me miréis tan severa!...  
¿Pues qué culpa tengo yo  
de que en mi pecho creciera  
lo que el cariño sembró?

(Con profunda emoción.)

¡Amor brota porque sí;  
y sin ley y sin razón,  
florece en el corazón...  
como ha florecido en mí!

BLANCA

La pasión que sin piedad  
del alma se enseñorea,  
¿estáis segura que sea  
amor, y no vanidad?  
Deslumbra el regío fulgir  
del trono... A su resplandor  
¿quién acierta a distinguir  
la vanidad del amor?

MARIA

¿Qué me importa su realeza,  
su gloria y su poderío,  
cuando no existe grandeza  
comparable al amor mío?  
¡Bien se conoce, señora,  
que en vuestra alma en reposo,  
aún no despertó la aurora  
de ese anhelo misterioso  
que no sabe qué desea  
y es al par dicha y temor,  
cuando tenéis una idea  
tan mezquina del amor!  
¡Si mi amado pobre fuera,  
fuera mayor mi contento,  
pues por pobre le quisiera  
aún con más desprendimiento!  
¡Si fuese moro o judío,  
fuese menor mi cuidado,  
porque al verle despreciado  
le amara con mayor brío!  
Si fuese traidor y falso...  
¡con qué orgullo subiría,  
la escalera del cadalso!  
Y aun leproso le quisiera,  
para que siempre, apartado  
de todos, sólo a su lado  
a mi cariño tuviera...  
¡Con qué placer, en su encierro,  
mi amor, en su idolatría,

la sangre le lamería  
de sus llagas, como un perro?  
(Exaltándose hacia el frenesí.)

¿Que me ciega su corona?  
Callad, señora, esa ofensa,  
porque mi amor no ambiciona  
ni sueña más recompensa  
que sus miradas amantes,  
pues ellas son para mí  
de más precio que el rubí,  
las perlas y los diamantes,  
los berilos y las gemas  
que, cual mágico tesoro,  
resplandecen en el oro  
de sus fulgidas diademas.  
¡Y es mi afecto tan profundo,  
que para amarle quisiera  
que en mi corazón latiera  
todo el corazón del mundo!  
¿Poder, riquezas y honor?  
Sin grandezas me acomodo...  
Arrebatádmelo todo...  
¡Pero dejadme su amor!

(En un arranque supremo.)

Y si tan inmenso bien  
os hiere, a vos lo confío...  
¡Quitadme su amor también...  
pero no tocad al mío!  
¡Mi amor!... Eso no os lo cede  
mi orgullo, señora, a vos...  
¡que arrancármelo no puede  
ni Dios mismo... con ser Dios!

BLANCA

(Conmovida.)

Pues bien; si tanto le amáis,  
—en vuestras palabras creo—  
¿por qué no sacrificáis  
a su paz vuestro deseo?  
¡Amor no es sólo gozar,  
amor es también sufrir;  
sentir su fuego y morir  
quemándose sin gritar!

MARIA

¡Si mi amor sin mí viviera  
feliz, sacrificaría,  
no esta pobre vida mía,  
¡sino mí, si las tuviera!

(Cae de rodillas con las manos juntas.)

Sois joven hermosa y pura...  
A vuestras plantas de hinojos,  
por el llanto de mis ojos,  
por mi pérdida ventura,  
por todo cuanto sufrí,  
mi amor os suplica ahora  
que le hagáis feliz, señora...  
¡Mas que se olvide de mí!

(Llorando.)

Y yo, en el claustro encerrada,  
de esa santa cruz al pie,  
al cielo le rogaré,  
de mi alma destrozada

arrancando las raíces  
de esa amorosa ansiedad:  
—¡Que seáis felices, felices  
por toda la eternidad!

(Con loca desesperación.)  
Mas si él no olvida mi amor...  
si me busca... a él tornaré,  
¡y por su amor dejaré  
hasta el trono del Señor!

BLANCA  
(Profundamente conmovida, con los ojos  
arrasados en lágrimas, alzando a doña María.)  
Señora, del suelo alzado;  
recobrad vuestro sosiego,  
y si es posible, os lo ruego,  
mi imprudencia perdonad...  
Y que mi palabra abone  
el llanto que mi alma llora  
MARIA  
(V olviendo a su cámara, con voz solemne al  
traspasar los umbrales.)  
Perdonémonos, señora...  
¡para que Dios nos perdone!

### ESCENA VIII

DOÑA SOL y DOÑA BLANCA

SOL  
(Acercándose a su señora.)  
Os lo dije mi señora...  
Fué imprudencia...

BLANCA  
(Conmovida.)  
No lo ha sido...

¡Maldita la tiranía  
que así esclaviza al cariño!...  
¡Si ella tiene herido el pecho,  
mi pecho está más herido!  
Las dos un mal padecemos...  
¡y cómo odiarnos, Dios mío,  
si nuestra pena es la misma  
y nuestro crimen el mismo!

SOL  
(Con misterio y temor.)  
Señora, si alguien oyese...

BLANCA  
¡Qué me importa, si ya he oído  
gritar mi alma en su alma  
maldiciendo del destino!  
¿Por qué el Señor, si es un crimen,  
me lo puso en mi camino?

(Dirigiendo los brazos al cielo.)  
¿Qué culpa, decid, qué culpa  
tengo yo de haberle visto,  
y que quedase en sus ojos  
este corazón cautivo?

(Queda un momento abatida.)  
SOL  
(Viendo a don Fadrique, que aparece por el  
segundo término de la izquierda.)  
Señora, el maestre llega.

BLANCA  
(Recobrándose.)

¡Cállate, corazón mío!

### ESCENA IX

Dichas y DON FADRIQUE (que aparece por la  
arcada del segundo término de la izquierda.)

BLANCA  
¿Conque os marcháis, don Fadrique?

FADRIQUE  
Si vuestra venia me dais  
marcharé con la alborada.

BLANCA  
¿Y dónde el maestre va?

FADRIQUE  
Puesto que armado me veis,  
señora, no preguntad.  
Allí donde pueda el temple  
de estas mis armas probar,  
que en la tierra castellana  
es descanso el pelear...  
¡Y más para aquel que a solas  
con sus recuerdos está!...  
¡Porque hay recuerdos que sólo  
la muerte puede borrar!

BLANCA  
(Sin poder contenerse.)  
Mas ¿si una herida?...

FADRIQUE  
¡Qué importa  
herida que haga sangrar  
el cuerpo, si tengo el alma  
herida de muerte ya!

BLANCA  
(Con intención.)  
¿Tan certera fué la espada,  
o estaba, señor, tan mal  
defendida que no pudo  
el duro golpe evitar?

FADRIQUE  
Al hierro que nos ataca  
el hierro puede parar.  
¡Mas no hay coraza que embote  
una mirada mortal,  
porque, sin verla, derecha  
al corazón se nos va!  
¡Y al acordar lo tenemos  
herido de muerte ya!

BLANCA  
(Con intención.)  
Herida que abren los ojos  
los labios pueden cerrar...

FADRIQUE  
(Vivamente.)  
Mas, ¡también pueden matarnos  
de tanta felicidad!  
(Acercándose a ella con un impulso vehemente.)  
¡Doña Blanca, doña Blanca!  
¿Por qué da vuestra piedad

esperanzas al que tiene  
muerta la esperanza ya?

BLANCA  
Mas, ¿qué fuera de la vida  
sin esperanza?... ¡Esperad,  
que todo lo vence el tiempo,  
y tiempo de todo habrá!

FADRIQUE  
¡Herida abierta en el alma,  
el tiempo la encona más!  
(En un arranque de pasión.)  
¡Señora! ¡Señora!

BLANCA  
(Haciendo un esfuerzo terrible para ocultar su  
emoción.)

¡Idos!  
Pero antes de marchar,  
maestre de Santiago, oídme  
esta balada que allá  
en mis jardines de Francia  
hizo el amor popular:  
«Cristiano que vas al moro  
por la cruz a guerrear...  
¡Toma este anillo de oro  
y mételo en tu anular!  
¡Y si dentro de dos años  
en mí no vuelve a lucir,  
cubierta de negros paños  
me iré a un convento a pudrir!  
Anillo, prenda de amor,  
que en su lecho de agonía  
me entregó la madre mía,  
no puedes serme traidor.  
En prenda de amor te di;  
a mi amante séle fiel.  
¡Que él no regrese sin ti!...  
Mas tú... ¡no regreses sin él!»

FADRIQUE  
(Como hablando consigo mismo.)  
¡Dichoso el guerrero que  
esa balada inspiró!  
(Se queda un momento inmóvil contemplando  
vorazmente la sortija de doña Blanca.)

BLANCA  
Mas, ¿qué miráis, don Fadrique?  
FADRIQUE  
(Ansiosamente.)

Señora, mirando estoy  
esa sortija de oro  
que en vez—¡oh dulce ilusión!—  
de engalanar vuestra mano,  
con ella se engalanó.

BLANCA  
(Temblando de emoción.)  
Fué regalo de mi madre...  
si os place... ¡tomadla vos!  
(Se lo da trémula. Don Fadrique, al tomarla,  
palidece.)

FADRIQUE  
(Como ebrio.)  
¡Gracias, gracias, doña Blanca!  
(En un arranque de pasión, apretándole las  
manos y mirándole hasta el fondo de los ojos.)

BLANCA  
(Abandonándose.)

¡Don Fadrique!  
FADRIQUE  
(Soltándola súbitamente.)  
¡Adiós!  
(Se va por el segundo término de la izquierda.)  
BLANCA

¡Adiós!  
(Despidiéndole con los ojos y saliendo por el  
primer término. Se va seguida de doña Sol, que  
durante la escena ha permanecido detrás del  
arco del primer término.)

### ESCENA X

DON PEDRO y DON ALVARO, que penetran  
recatadamente por el postigo.

ALVARO  
(Derreniendo al rey.)  
Cubrid el rostro, señor,  
que os pueden reconocer.

PEDRO  
(Con arrogancia.)  
Ante sus vasallos nunca  
oculta su rostro el rey.

ALVARO  
(Derreniéndole de nuevo.)  
Mas ved, señor, que aún no es tiempo...  
PEDRO

Siempre es tiempo para quien  
lleva en el cinto una espada  
y manco, además, no es.  
¿Dónde está doña María?  
(Con impaciencia.)

ALVARO  
Esperad, señor  
PEDRO  
¿Por qué?

¡Bien se conoce que aún no  
sentiste palidecer  
tu semblante ante el misterio  
de unos ojos de mujer,  
cuando aun amante aconsejas  
que tarde en mirar su bien!...  
¡Pronto! ¿Dónde está?

ALVARO  
Su alteza  
perdone... Mas mi deber...

PEDRO  
Tu único deber, don Alvaro,  
es caillar y obedecer.

ALVARO  
Mas nuestra vida, señor,  
corre riesgo si a saber...

PEDRO  
¡Llévame a mi amor primero,  
mi vida guarda después,  
que entre el amor y la vida  
el amor primero es!

ALVARO  
Mas, señor, señor, calmaos...

Esperad, señor, que estén prevenidos todos cuantos a fuerza de oro compré.

PEDRO

(Severamente.)

Si llegar aquí a escondidas yo, don Alvaro, acepté, sin mi guión y mis gentes, como un ladrón, es porque así llegaba más pronto a los brazos de mi bien, porque sino, espada en mano y abrazado mi broquel, tomado hubiese el castillo hasta convertirlo en cenizas que rauda el viento trocase en polvo después!... ¡Cada minuto que pasa sin mirarla un siglo es!

ALVARO

Pues por su amor os conjuro a que escondido esperéis la llegada de los nuestros, a quien yo entrada daré por el portillo que linda con el río Zarpadiel.

Su presencia al son de esa campana os anunciaré. Entretanto, yo os respondo de doña María... ¡Mas ved!

(Mirando a la arquera del patio, Después señala a don Pedro el postigo.)

Allí viene vuestra madre con Alburquerque...

PEDRO

(Al salir.)

¡Pardiez!

¡Los muros de este castillo van a desplomarse al ver cómo a vengar sus agravios va la justicia del rey!

(Don Alvaro cierra el postigo y se acerca a los que llegan por el segundo arco.)

### ESCENA XI

DON ALVARO, DON JUAN ALFONSO DE ALBURQUERQUE y la REINA MADRE DOÑA MARÍA, que entran por el segundo término de la izquierda. Don Alvaro se inclina profundamente.

ALBURQUERQUE

A la nobleza, don Alvaro, en el patio congregad, pues va, al despuntar el día, la Padilla a profesar. El portillo que da al río con vuestros hombres guardad porque, según aseguran los adalides, están

ya las huestes de don Pedro dando vista a la ciudad.

ALVARO

¿Nada más, señor, mandáis?

ALBURQUERQUE

Al de la Cerda avisad para que vaya a la reina doña Blanca a acompañar.  
(Don Alvaro se inclina y sale por el primer término de la izquierda.)

### ESCENA XII

LA REINA DOÑA MARÍA Y ALBURQUERQUE

ALBURQUERQUE

Arriesgamos la vida en la jugada, pero entretanto la Padilla aliente, de vuestro hijo la implacable espada sobre nosotros estará pendiente.

REINA

Mas ¿no bastan los muros de un convento para apartarla de él? ¿Se atrevería a robársela a Dios?

ALBURQUERQUE

Su atrevimiento

¿a qué crimen, por ella, no osaría? Don Pedro es impaciente, duro, osado. Su corazón piedades no atesora... ¿Con sangre de qué fiera habéis, señora, al cachorro real amamantado?

REINA

¡Es mi hijo!

ALBURQUERQUE

Callad, que vuestras quejas avivan mi rencor... ¡Sus hieles bebo! ¡Tocáis mi pecho, y las heridas viejas vuelven a abrirse... y a sangrar de nuevo!

REINA

¡Mas tened compasión de la Padilla!

ALBURQUERQUE

¿Qué importa un crimen si borró su huella? ¿Qué importa que ella muera si con ella se salva la Corona de Castilla?

REINA

¡Yo no quiero que muera!... ¡Yo no quiero!

Es inocente... y se dirá mañana...

ALBURQUERQUE

¡También era inocente la Guzmán, (Sordamente.) y cayó sin piedad bajo el acero! En vano; en vano vuestros labios gimen suplicando perdón. ¡Nos liga un fuerte lazo irrompible!... ¡Sí, crimen por crimen!

¡Primero el claustro, mas después la muerte!

REINA

Ante el crimen los nobles se alzarán todos contra nosotros...

ALBURQUERQUE

¡Qué fortuna!

¡Entonces a mis pies, una por una, sus altivas cabezas rodarán!  
(Replica el esquilón de la iglesia.)

REINA

(Atenta.)

¡Mas... escuchad!... Replica la campana...

ALBURQUERQUE

¡Por la Padilla doblará mañana!  
(Sombro.)

REINA

¡Piedad, don Juan!  
(Deteniendo a Alburquerque.)

ALBURQUERQUE

(Adelantándose.)

¡Por nuestro amor, señora!

¡Por este amor que surge más ardiente que el rosal luminoso de la aurora en las lejanas cimas del oriente!

(Mirando a las almenas.)

Ya el sol del nuevo día centellea...

REINA

¡Triunfe otra vez el mal!... ¡Oh, don Juan! ¡Sea!

(Decidiéndose.)

Sucumba a nuestro amor doña María. Vuelva el crimen a unirnos con sus brazos.

¡Qué me importa, don Juan, si en vuestros brazos a los mismos infiernos bajaría!

(Alburquerque entra en la habitación de la Padilla. La campana continúa repicando.)

### ESCENA XIII

Dichos y DOÑA MARÍA DE PADILLA, que sale con ALBURQUERQUE.

ALBURQUERQUE  
MARÍA

¡Venid, señora!  
¡Compasión, Dios mío!

(A Alburquerque.)

ALBURQUERQUE  
MARÍA

Tened piedad de mí... No consintáis que se consuma el sacrilegio.  
¿Osáis oponeros a Dios?  
En él confío.

De su eterna bondad, que nunca yerra, aguarda el alma su postrer consuelo... ¡Puesto que no hay piedad sobre la tierra, mi esperanza, Señor, dirijo al cielo!  
(Viendo la impasibilidad de Alburquerque, se dirige a la reina.)

¡Señora, tu infinita piedad muestra! ¿Por qué consuelo a mi dolor no dáis?... ¡Por vuestro amor, si amásteis, y por vuestra salvación, si creéis, no consintáis que profane este templo con mi planta!... ¡Os lo pido postrada de rodillas!... ¡Ved como baña el llanto mis mejillas, ahogando los sollozos mi garganta!

(A Alburquerque.)

ALBURQUERQUE  
MARÍA

¡Compadecedos de mi triste suerte!... ¡Dad a mi pecho atribulado calma!... ¡Antes que a esta pasión, matad mi alma, y antes que profesar, dadme la muerte!... ¿Qué mal os hice para atormentarme?  
No hay tiempo que perder. ¡Vamos, señora!  
(Cogiéndola de un brazo.)  
¡Señor, Señor, piedad!... ¡Venid ahora  
(Abrazándose a la cruz.)

ALBURQUERQUE

¡Doña María, tan decidido estoy, que aun cuando fuera preciso, hasta el altar os llevaría

arrastrando de vuestra cabellera!  
Ni aun ante el crimen ¡vive Dios! me arredro...  
Ningún consuelo en tu dolor esperes...  
¡Gritaré, gritaré!

MARIA

(Luchando.)

ALBURQUERQUE

¡Grita si quieres!

(Arrastrándola a la iglesia.)

Mas ¿quién ha de ampararte?

(La conduce al templo.)

PEDRO

¡Yo!

(Abriendo violentamente las puertas y cruzándose de brazos.)

MARIA

¡Don Pedro!

(Corriendo hacia él.)

#### ESCENA XIV

Dichos y DON PEDRO.

PEDRO

¡Sacrílegos, atrás! Si estos lugares

(Interponiéndose. Los otros retroceden.)

intentáis profanar, roto el sudario,  
de su sepulcro se alzará, terrible,  
la sombra de Jesús crucificado,  
¡oh viles mercaderes de conciencias!  
para echaros del templo... ¡a latigazos!

(Alburquerque intenta avanzar. La Reina le contiene. Doña María se abraza a don Pedro.)

¡Ya en mi brazos estás!... ¡Venid ahora!...

¡venid a arrebatarla de mis brazos!

¿Cómo entrásteis aquí?

ALBURQUERQUE

PEDRO

Como vosotros

(Con voz de trueno.)

me la robásteis: a traición he entrado.

Mas ¿quién sois vos para exigir respuestas

a vuestro rey? ¡Ante mis pies, vasallo,

hasta que el polvo que mis plantas huellan,

cobardes besen tus inmundos labios!

Sólo así me veréis cuando mi tronco

(Con desdeñosa altivez.)

esté de mi cabeza separado.

Entrégame tu espada.

¿A vos, mi espada?

(Con sarcasmo.)

¡Es tan dura, señor, y pesa tanto,  
que temo que, agobiada por su peso,  
se desplome. al cogerla, vuestra mano!

ALBURQUERQUE

PEDRO

ALBURQUERQUE

PEDRO

¡Miserable! Verás cómo con ella

(Amenazante.)

te arranco el corazón hecho pedazos!

(Tira de la espada. La Padilla lo detiene.)

MARIA

REINA

¡Don Pedro, por piedad!

Hijo, ¿qué es esto?

(Interponiéndose.)

¿Te atreves a mi vista?

PEDRO

¡Atrás, villano!

(Atacando.)

¡Defiéndete, Alburquerque, cara a cara,  
o sin defensa, como a un vil, te mato!

(La reina se interpone.)

ALBURQUERQUE

¡Estás en mi poder, mancebo loco!...

¡En el cubil del lobo te has entrado.